

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ. : PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

Acción Antiautoritaria

Podría creerse que la posición que tratamos de definir frente al sindicalismo neutro, responde a una tendencia antiorganizadora o al deseo de señalar nuestra superioridad frente a la masa obrera. Nada de eso hay en nuestra resistencia a seguir las normas tradicionales del sindicalismo europeo, que parecen aceptar como las únicas coordinantes con su acción sindical y con su propaganda doctrinaria la mayoría de los compañeros de Europa.

El movimiento anarquista de la Argentina ha establecido, en el terreno sindical, una línea paralela que sigue la trayectoria del movimiento obrero e impide sus desviaciones en momentos de confusión. Y puede decirse que a la influencia anarquista se debe que el socialismo no haya tomado arraigo en las organizaciones proletarias y que la misma fracción reformista del sindicalismo se vea obligada a mantenerse en una posición teórica que no interpreta los verdaderos propósitos de sus jefes.

Desde hace más de treinta años los anarquistas de este país desarrollan su propaganda con especialidad en las organizaciones proletarias. Pero ese reconocimiento de la eficacia del sindicalismo como medio de acción anticapitalista — y también como tribuna para difundir las ideas libertarias — no llevó al anarquismo a un punto de transigencia tal que pudiera resultar anulada la crítica al reformismo marxista y a las diversas influencias autoritarias que fueron minando a la mayoría de las corporaciones sindicalistas de Europa.

La intransigencia doctrinaria salvó a la Federación Obrera Regional Argentina de las desviaciones preparadas por los elementos reformistas y autoritarios. Y como consecuencia de esa lucha entre los anarquistas y los sindicalistas puros, se promovieron grandes debates entre los partidarios de la recomendación del comunismo anárquico y los que sostenían que la F. O. R. A. era una organización obrera independiente de todo credo político o filosófico.

Durante muchos años la piedra de toque fué eso que se llamó el "rótulo", pero que en realidad era una declaración de fe anarquista que impedía a los camaleones apoderarse de nuestra organización proletaria. ¿Quién niega hoy que la F. O. R. A., al definir su posición en el terreno doctrinario, establecía de hecho una teoría sindical opuesta al sindicalismo neutro?

La acción antiautoritaria desplegada por los anarquistas en el movi-

miento obrero de este país, interpretaba una situación especial de nuestro proletariado y respondía a una tendencia que poco a poco se fué concretando en una síntesis ideológica que nos dió la medida de lo que significaba la primitiva intransigencia de la F. O. R. A. Sin mucho esfuerzo podemos señalar hoy los puntos de divergencia con el sindicalismo puro, tanto en la teoría como en la táctica. Y esa divergencia se demuestra también en lo que respecta a la posición que nosotros ocupamos en el movimiento obrero y la que se empeñan en mantener la mayoría de los camaradas de Europa.

sitos económicos y realiza conquistas de orden secundario en su acción contra el capitalismo, los anarquistas de Europa actuaron y actúan en los sindicatos como simples trabajadores. De ahí que la propaganda anarquista, difundida en ese vasto e indeterminado campo de acción, no haya influido en el ánimo de los trabajadores para despertar en ellos concepciones superiores de vida, ideas de libertad y espíritu de intransigencia frente a los apetitos y las miserias que el sindicalismo pone diariamente en beligerancia.

Nuestro criterio, en cambio, nos permitió extender la propaganda an-

país, mientras que en Europa los anarquistas están, como hace cincuenta años, reducidos a los grupos de propaganda específica y muy poco influyen en las orientaciones del movimiento sindicalista.

He ahí, pues, el arma que les falta a los anarquistas de Europa para desarrollar su acción libertaria, contrarrestando eficazmente la propaganda de los reformistas políticos y sindicales. Pero si mantienen su tradicionalismo sindicalista, renunciando a propagar sus ideas en los sindicatos a costa de la ficticia "unidad de clase", ¿cómo es posible que lleguen a poseer esa fuerza proletaria que se necesita para oponerse a las maniobras del reformismo y del autoritarismo?

FRENTE ÚNICO



¿Que cambie de disco? Si no tienen otro los infelices...

Del punto de vista teórico, quienes interpretan mejor las ideas anarquistas llevadas al terreno de la acción sindical? No es el caso de discutir ahora eso. Atengámonos al resultado de una y otra posición táctica en el movimiento obrero.

Fieles a su criterio de que el "sindicalismo" es la organización específica del trabajo, se inspira en propó-

arquista en el movimiento obrero, concretando aspiraciones y anhelos y armándonos de fuerzas conscientes para oponernos al atraco de los oportunistas que merodean en los sindicatos proletarios. Y el resultado es que el anarquismo tiene en la Argentina una fuerza proletaria considerable y mantiene una beligerancia efectiva en las luchas sociales del

Huelga de estudiantes

Un decreto arbitrario del ministro de Instrucción pública, ha tenido la virtud de hacer que los estudiantes se declarasen en huelga. En su esencia, todos los decretos de un ministro son arbitrarios; pero en este asunto no hay que profundizar ni un poco siquiera, pues, la única solución posible, justa, en este tópico de la instrucción regida por el Estado, es concluir con ella, suprimirla. En vez de doctores tendríamos obreros; y todos saldríamos ganando. Ellos, porque serían hombres, con sentimientos de hombres, que un titulado solo por excepción los conserva; y los otros, los que en verdad trabajan, porque les quitarían ese enorme fardo de privilegios para los cuales trabajan y por los cuales no pueden instruirse lo que para ser hombre de nuestro siglo requiere: Si no hubiera doctores, no habría analfabetos.

Mas seamos superficiales, miremos con miopía el asunto: este arbitrario decreto del ministro, ¿qué fin inmediato lleva? dificultar los estudios, hacerlos más difíciles. ¡Bienvenido, entonces! Yo me declaro partidario del ministro. Siempre sin profundizar, sin preguntarnos: ¿que los exámenes son un crimen, una farsa estúpida? De acuerdo, ¿que los mejores estudiantes, nunca son después los grandes hombres, porque los grandes hombres no se hacen con pasta de sumisos, que esto son los buenos estudiantes? De acuerdo también. Pero entretanto nos obligan a soportar ese fardo de doctores ahitos de privilegio, ¿cómo hacer para seleccionar del alud que entra a las aulas del Colegio Nacional? Por ahora, en la sociedad burguesa, bajo el régimen instruccional regido por un Estado, al que el dinero sostiene; no queda otro modo que este: Dificultar los estudios con decretos arbitrarios, hacer difíciles los exámenes, recargar de exigencias el plan de estudios... en una palabra: aumentar el número de alambres de esa criba que constituyen el Colegio y la Universidad, para que por ella pase lo más tamizado posible el alarmante montón de los que aspiran al título... a fin de encontrar riqueza, no sabiduría.

El estudiante, mal podía escapar al sentío que la sociedad burguesa le da a la vida: enriquecerse. El régimen capitalista, hace de cada vida de hombre un motivo central: ganar dinero. Esto es lo importante; después que sea sabio o artista, eso es lo secundario. Lo que da la

medida de la utilidad de un hombre, es la cantidad de dinero que gana con lo que él hace. Si aquel poeta, intoxicando a su prójimo con madrigales a la luna, gana más dinero que este comerciante, intoxicando a su prójimo con conservas podridas; aquel poeta es un ser más útil que este comerciante. Por lo común ocurre lo contrario: el comerciante se enriquece y el poeta se muere de hambre; de aquí que, para la sociedad, el poeta sea un ser inútil y el comerciante un utilísimo ciudadano. Un dramaturgo burgués — Benavente, por ejemplo — que gana montones de oro; para la sociedad burguesa es un ser útil, un ser que trabaja. Un poeta rebelde — Alfama, por ejemplo — que vivió casi en la miseria, para esa sociedad, es un ser que debía buscar trabajo, un inútil. Yo he oído decir a un escribano (¡un escribano!, un pobre diablo que malgastó su vida borroneando papeles; ¿puede darse nada más inútil, para nosotros, los que no ponemos el sentido de la vida en ganar dinero, que un escribano?) lo he oído decir: "Alfama fuerte es inferior al almacenero de la esquina, porque éste trabaja y aquél sólo hace versos... si hubiera plantado árboles todavía!". Todo depende del sentido que se le dé a la vida y de ir o no de acuerdo con ese sentido. Alfama fuerte, rico con sus versos, los justifica para el concepto burgués de la vida; pobre, por no haberse dedicado a algo más lucrativo, no trabajó siquiera. Trabajar para el burgués, es sinónimo de ganar dinero — un bolsista, un político, un jockey, un vendedor de lotería están seguros que trabajan — Trabajar — para Alfama fuerte — es producir felicidad humana. ¿Dándole un sentido tan opuesto a la vida, cómo habrían de estar de acuerdo con respecto a su utilidad?

El estudiante, ser que salvo rarísimas excepciones, se mueve dentro de la órbita burguesa; estudia para obtener un título, al que acompañan privilegios que le permitirán ganarse fácilmente la vida y, con toda probabilidad, enriquecerse. El estudiante hoy, estudia para ganar dinero, es una larva de burguesía, no sé por qué la clase proletaria ha de simpatizar con estos jóvenes, los futuros explotadores de sus hijos. Esta simpatía al estudiante, es un resabio romántico que ya no tiene ra-

zón de ser: En el siglo pasado, y en Europa, el estudiante era revoltoso, revolucionario a veces; los motines políticos, las barricadas en favor del régimen republicano lo vieron en sus filas. Hoy, y entre nosotros particularmente, el estudiante es excéptico, más conservador y reaccionario; ya lo hemos visto quemando bibliotecas y periódicos obreros, lo vemos siempre militando en los partidos que están en el gobierno o aspiran a él. ¿Por qué simpatizar con el estudiante? Ninguna sociedad precisa hombres que estudian para enriquecerse, sino hombres que estudian para saber, porque necesitan saber a fin de producir bien, felicidad humana.

En otra sociedad, cuando haya jóvenes que estudien para saber, porque necesitan saber; y por cuya sabiduría no adquirirán títulos ni privilegios, el estudiante lo será porque todo su organismo, por la voz de cada una de sus células, ávidas de aprender, le pedirá sabiduría. Estudiará para saber, tendrá ciencia. Para este estudiante futuro, ¿qué necesidad habrá, de exámenes ni de reglamentos coercitivos? ¿No, si para él será un goce, el mayor goce apetecible, que esos conocimientos aumenten, ya que él estudiará para saber, porque necesita saber!

Pero para estos estudiantes que nos gastamos hoy, aspirantes al privilegio, cuyo fin es doctorarse para ganar dinero a costa de la bolsa o de la salud de su prójimo; caigan decretos arbitrarios y aumentese el número de libros que deban aprender de memoria y hagan lo que se quiera contra ellos, siempre que se lleve a este fin salvador: dificultar sus estudios, única manera de disminuir esta alarmante horda de pulpos que aspiran a titularse para vivir del trabajo ajeno. ¿Con el ministro y contra los estudiantes huelguistas, pues! Porque este ministro arbitrario e injusto, parece que pretende librarnos de un buen número de futuros doctores; y suprimir doctores, es trabajar por una sociedad donde haya más hombres con ansias de estudiar que puedan estudiar; es trabajar por una sociedad mejor. Este es un ministro revolucionario.

ALVARO YUNQUE

Mayo 1923.

= NOTAS =

La honradez

La gente del pueblo es, generalmente, la que tiene más fuertemente adherido a sus otras miserias el concepto de la honradez; honradez a su modo, como a su modo la tienen también las gentes de la clase alta.

Y vamos a ver en qué consiste la "honradez" entre la gente del pueblo. Esta se basa, casi únicamente, en el respeto a la propiedad ajena. Es decir que los miserables consideran la más alta de sus virtudes no tocar las miserias de sus congéneres ni las grandezas de la clase privilegiada. De esto han hecho casi una religión. La religión de la honradez.

¡Cuidado con dudar de la honradez de la gente del pueblo! No solamente padecen esta chilfadura los trabajadores y demás pobres que pasan toda su existencia a medio comer y medio vestir, es que hasta los polizontes — que son la hez de la humanidad, lo más moralmente hediondo que flutúa en el ambiente — tienen su "honradez" casi immaculada. El respeto a la propiedad ajena es también patrimonio de la burocracia del olfato y de la garrá.

Pero la honradez de los pobres, en este punto, no se diferencia gran cosa de la de los ricos. Son respetuosos de la propiedad porque en realidad su más alta virtud es el miedo a la penalidad, el terror pánico que le han metido los có-

digos y los jueces. Lo cierto es que si no delinquen, si su mayor preocupación es mantener ese concepto de "honradez", se debe a que el pueblo padece la más terrible de las enfermedades morales: la cobardía.

He ahí a lo que viene a quedar reducido ese concepto de "honradez" que tanto preocupa a las gentes del pueblo. Nada puede haber más deleznable. No es otra cosa que una miseria más del enorme fardo con que ha cargado este Cristo para repechar la cuesta de su Calvario.

Instrucción primaria

Barret sentía una profunda conmiseración por los maestros de escuela, flacos, esqueléticos siempre, agobiados bajo el peso de sus deberes y sin una remuneración que estimulara su sacro apostolado. Pero sentía también un profundo dolor por los niños que iban a las escuelas fiscales.

"¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para qué profanar su tierra inteligencia? — clamaba — Basta excitar su curiosidad libre; mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones del texto; basta conservar el juego de su salud mental".

Y a fe que no hay nada más cierto. Por eso la sociología moderna condena en todo sentido esa "instrucción" oficial,

que no es más que la completa destrucción de la mentalidad infantil.

El malogrado escritor libertario tiene frases lapidarias para los encargados de "formar la personalidad nacional enseñando el alfabeto" cuando dice:

"Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no los compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica, etcétera".

No solo no los compromete, sino que la escuela les sirve de excelente recurso para castrar moralmente a la población, a costa de lo cual se perpetúa su dominación.

En este caso el maestro de escuela es un instrumento del Estado y no precisamente el menos responsable. Y no se explica como los gobernantes no mantienen mejor, no cuidan con más celo, a esa bestia alfabeta que les presta uno de los mejores servicios.

Juventud que se levanta...

Presenciamos una manifestación política de la fracción "joven" de un partido que aspira al gobierno provincial.

Son las diez de la mañana de un día templado de mayo. La manifestación debe partir de la plaza central del pueblo. Se ha hecho verdadero derroche de propaganda impresa para el acto. El pueblo está empapelado de muro a muro y en los carteles campea el elogio comedido a la juventud local. No obstante esto, en rededor de la tribuna no hay a esa hora más de cien personas, que no son todas jóvenes precisamente.

Un orador partidista abre el acto con palabra dulzona y temblante: "la juventud tal viene aquí a exteriorizar sus anhelos" — y no vemos por ninguna parte esa juventud que "haya venido".

Baja ese orador y sube otro, que inicia su discurso con más vehemencia y como viendo surgir por las bocacalles en revuelto torbellino a la muchachada turbulenta: "Presenciamos, señores, el más grandioso y alentador de los espectáculos. Esa juventud que se levanta como una celestial promesa para el futuro de la patria..."

Y el auditorio no aumentaba. Los mismos cien escasos oyentes continuaban allí, confundidos de la cabeza a los pies en gruesos abrigos. Las manos guardadas también en los bolsillos. Viejos, caducos, en su actitud. Las palabras del orador no parecían transmitirles ningún calor.

"Esa juventud que se levanta como una promesa" continuaba aquel. Pero iban a ser las once y la manifestación debía partir para exteriorizar en el pueblo la fuerza del partido. Sin embargo la "juventud" no se había levantado; continuaba en la cama recuperando, posiblemente, las energías gastadas en la noche anterior, olvidada de sus deberes para con su partido y sin acordarse que debía exteriorizar sus fuerzas y asustar al adversario.

Este espectáculo nos ha hecho reflexionar: ¿Existe algo de juventud en esos rediles de la democracia que se llaman partidos políticos? No. Porque juventud es la idea de libertad, el entusiasmo por las luchas idealistas. Juventud es ansia de romper con la tradición, de destruir todas las ligaduras que nos atan al pasado, de respirar a plena libertad bajo el aleteo salvaje de la naturaleza. Joven es

ser idealista embanderado a la hueste redentora, al anarquismo.

Fuera de ahí, todo es vejez, moral o física. Porque no se es solamente joven en carnes; hay que serlo en ideas, que es la juventud meritoria.

Luz

El alumbrado mecánico ha llegado a todas partes haciendo las delicias lucíficas de este pueblo tan miedoso a toda iluminación mental como a la obscuridad de la noche.

La energía eléctrica lleva hoy las bendiciones del astro rey a los más oscuros rincones del territorio argentino. Y esta luz se traduce en una nueva forma de la explotación capitalista, y es recibida con aplausos por todos los habitantes sin distinción, hasta por las mentalidades más oscuras. Parecería que la triste población humana de este país esperara que la energía eléctrica fuese a iluminar su conciencia dormida despertándola del aplastante letargo en que yace.

Sin embargo está probado que la electricidad no ha llevado su luz a la mente humana y sólo ha iluminado las calles, las fachadas de las casas y los salones y tabernas donde la población sigue corrompiéndose con todos los vicios que le brinda la civilización. Las ideas de los habitantes siguen siendo las mismas: el orden mediante el cual los aprovechados continúan tranquilamente explotando al poverro, corrompiéndolo en el vicio. El bandolerismo policial que antes realizaba sus fechorías favorecido por las sombras de la noche, ahora se ha saado la máscara y se vale de la luz para dirigir sus golpes arteros. Los desdichados que en otros tiempos eran hallados muertos en los quicios y los huecos, hoy se les ve agonizar con la frente acariciada por las reverberaciones de los focos colgados en las esquinas.

La luz nocturna ha venido a servir para que el panorama de la miseria moral y física sea perenne, continuo; para agravarnos el dolor del alma con el espectáculo perpétuo de la miseria ambiente. ¡Y éramos tan felices con pasar siquiera la mitad de nuestra vida a oscuras!...

Crisis

No se trata de un ministerio tambaleante ni de la baja escandalosa en los precios de las carnes y los granos argentinos. Otra es la crisis que se ha hecho sentir en nuestro ambiente: es la crisis de seriedad en los hombres, la cual ha tocado también con su virus ponzoñoso a muchos que se decían portadores del verbo redentor.

Hay una carencia de seriedad que desconsuela, un relajamiento del carácter que amenaza destruir este atributo moral que adorna la personalidad humana. Va resultando práctica común faltar a la palabra, saliendo del apuro con cualquier pretexto, hasta con el más fútil.

En vez de una buena doctrina que tonifique la raquítica moralidad de este pueblo, es esta calamidad la que está haciendo escuela. A los mil padecimientos que nos agobian, se viene a sumar uno más: ¡El que faltaba!

A la seriedad la ha reemplazado el charlatanismo, y se dan casos en que un disertante anuncia una conferencia sobre tal o cual tema, para luego defraudar la buena disposición del auditorio no

LAS RUCAS DE LA ACCION DIRECTA

¿Cómo hacer para que el proletariado pueda conseguir el doble resultado, para él indispensable: obtener hoy el nuevo modesto de las conquistas inmediatas, y no renunciar, sino más bien reivindicar eficazmente para un mañana no lejano la gorda gallina de la suprema conquista de todos sus derechos?

Naturalmente, los medios no se reducen solo a uno. Las armas son múltiples, según las circunstancias, el ambiente, el objetivo y el terreno de lucha. Pero tratándose del movimiento obrero, de la actividad que se desenvuelve en el terreno económico y de las contiendas de clase, el medio de lucha por excelencia es el revolucionario de la *acción directa*, vale decir la acción desenvuelta directamente por el proletariado organizado, con sus fuerzas propias y sin intermediarios políticos, en la lucha contra el capitalismo.

La acción directa así entendida es la expresión práctica del método revolucionario.

Desde los tiempos de la primera Internacional, es decir, desde que se ha empezado a hablar de socialismo entre las masas, los anarquistas han sostenido siempre este concepto de la acción proletaria, única forma eficaz para la emancipación y la elevación del proletariado. "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores" se decía desde entonces. Y toda la lucha de los anarquistas contra el parlamentarismo, cuando no era vana declamación retórica, consistía en la afirmación de este principio fundamental de táctica revolucionaria.

Desde los tiempos de Bakunin y de la lucha de éste contra el autoritarismo y legalitarismo de los marxistas, el método revolucionario de la acción directa ha sido contrapuesto por los anarquistas al reformismo legalitario, el cual, desde 1870 en adelante y durante toda la vida de la llamada "Segunda Internacional", ha informado la acción práctica de la socialdemocracia en el seno del proletariado de todas las naciones.

El reformismo legalitario, en el terreno de la lucha entre las clases, tiende a la instauración de pactos legales entre proletarios y propietarios, y a devolver al Estado la reglamentación de estos pactos y su interpretación, o la resolución de los conflictos entre capital y trabajo.

Cierto, este método puede, sin mucho sacrificio material, hacer obtener algo a los obreros que lo emplean. Ellos, por medio de sus representantes políticos, pue-

tratando el tema anunciado y pasando las horas en charla sin llegar a nada concreto y abusando de la paciencia del público.

Este es un ejemplo típico. Pero la falta de seriedad se manifiesta en mil formas, y hay quienes — esto es lo más horrible de esta fealdad moral — quieren justificarla en nombre de la libertad. He aquí la libertad sirviendo para cualquier cosa hasta para cubrir faltas como la religión de los burgueses.

Y es hora de reaccionar contra esta calamidad; esta crisis de informalidad hay que combatirla con toda energía donde quiera que aparezca. Es un mal grave que amenaza postrarnos, y hay que aplicarle un remedio urgente. Hay que salvar al anarquismo de esta calamidad.

den constituir una clientela del estado burgués que el Estado puede tener interés en apoyar... hasta cierto punto. Pero los obreros que caen en este error — peligrosísimo error — vienen por sí mismos a crear una barrera formidable a sus conquistas futuras y a su emancipación integral.

Además es preciso notar que todo mejoramiento parcial, siendo efectivo en parte solamente y por un tiempo determinado, el obtenerlo así, aún cuando se lo obtiene, lleva a neutralizar también su poca eficacia. Tal método es en el fondo más utopista de lo que parece, puesto que no tiene en cuenta el hecho de que la desaparición del monopolio capitalista podrá hacer cesar definitiva y radicalmente la explotación del hombre por el hombre.

Cuando he dicho que el reformismo consiste en la tendencia a legalizar el movimiento obrero, a resolver con la intervención del Estado, por medio de la representación política, los conflictos entre capital y trabajo, no he hecho más que exponer de modo simplista y sumario el fenómeno, que es sin embargo mucho más complejo y vasto. En realidad no se limita a la intervención del Estado y de los diputados, sino que se manifiesta también por medio de las representaciones comunales y provinciales, y así a través de toda una escala de autoridades más o menos burocráticas, todas las cuales tienden a quitar la iniciativa de todo movimiento a los interesados, para confiarla a hombres delegados y puestos por encima de aquéllos.

Es, para decirlo con frase más propia, el método de la *acción indirecta*.

La *acción directa* es lo contrario de eso: es la conquista arrancada desde abajo en lugar del mejoramiento concedido desde arriba. Es la fuerza puesta al servicio del derecho obrero hasta en sus más minúsculas contiendas — fuerza que va desde la simple imposición moral hasta el ejercicio más enérgico de la voluntad colectiva, como en las huelgas.

No está dicho que esta fuerza deba ser siempre violenta e ilegal; más bien, por un legítimo ahorro de energías, es bueno que el esfuerzo hecho sea proporcionado al fin y no se emplee más que la suma necesaria. Lo importante es que los obreros en lucha ejecuten ellos mismos, personalmente, por medio de sus organizaciones, sin intermediarios que no sean elegidos entre ellos mismos, este esfuerzo — sin invocar la intervención de los partidos y de los hombres políticos, de los árbitros, y tanto menos de la ley y del Estado.

Las formas de acción directa más conocidas son la huelga, la huelga general, el boicot y el sabotaje; la lucha contra la policía cuando se pone de parte del patrón, la lucha contra el crumiraje, la resistencia pasiva y activa de toda especie, que puede ir desde el simple improviso cruce de brazos hasta la violencia individual y colectiva, de la llamada "huelga blanca" (permanecer inactivos en las fábricas) hasta la verdadera y propia ocupación de los talleres y establecimientos.

El método revolucionario consiste, en suma, en el desarrollo de la libre y libremente coordinada acción de clase de los

trabajadores contra el capitalismo y contra todos sus organismos políticos y económicos, — acción que emana de la iniciativa individual y colectiva de los mismos trabajadores, solidarios entre ellos y unidos para la lucha en sus organizaciones de clase. En suma, todo el concepto de la acción directa se puede resumir en una frase: *far da sé* (obrar por sí mismo).

Es necesario que los trabajadores se persuadan de que todo lo que quieren, sea poco o mucho, si quieren evitar las desilusiones y las tramoyas, si quieren alcanzar ese fin cualquiera que se han prefijado, debe ser resultante de un esfuerzo ejecutado por ellos mismos, es decir, de la suma de las energías efectivamente gastadas por cada uno de ellos, coordinadas en el seno de sus organizaciones, nunca delegadas a terceros no directamente interesados, sean ellos autoridades estatales u hombres políticos, o sean también simples funcionarios de las organizaciones.

Un error en el que caen frecuentemente muchos trabajadores y revolucionarios es el de crearse, también fuera de la política, una especie de diputados de nuevo género en sus funcionarios. De éstos, ciertamente hay necesidad en las organizaciones más numerosas y más fuertes; pero hay la tendencia a ver en ellos no a simples empleados que desempeñan una función administrativa y ejecutan lo que ha sido deliberado por la masa, sino verdaderas autoridades en cuyas manos los obreros organizados abdican toda iniciativa propia. Este es uno de los peligros del sindicalismo considerado como fin de sí mismo.

Pero no hay que forjarse la ilusión de que el solo obrar por su propia cuenta pueda ser siempre revolucionario, o bastar a la aplicación del método revolucionario.

Se puede hacer "da sé" también por el reformismo; se puede desarrollar una acción directa también de modo antirrevolucionario. Por ejemplo, si unos obreros en huelga, aún tratando directamente y sin intermediarios políticos con el patrón, en vez de emplear en la lucha todas las energías de que son capaces, en vez de colocarse en un punto de vista antagónico con el patrón, sacrificasen su dignidad de clase para obtener concesiones, en cambio de las transacciones por ellos hechas, no se podrá decir que, haciendo esto, hayan desenvuelto una acción revolucionaria!

Esto significará, simplemente, que la masa no está madura para hacer de por

sí obra eficaz de resistencia contra el capitalismo. Y es necesario confesar que, hoy por hoy, en muchos países la masa proletaria está todavía en esta condición de inferioridad, — de la que no podrá ciertamente sacarla y levantarla el método reformista, es decir, confiar la gestión de los intereses obreros a órganos y hombres que están fuera de la clase trabajadora y participan en el funcionamiento de los institutos burgueses.

Esta obra de elevación y de educación revolucionaria deben cumplirla las minorías revolucionarias de trabajadores ya conscientes y evolucionados, las individualidades obreras que el estudio de sus condiciones, la fe en una idea de porvenir y el temperamento revolucionario han fortificado contra las influencias burguesas, y que se han puesto ya en antagonismo directo contra todo el mundo de los poderosos y de los privilegiados.

Pero para que la obra de estas minorías, de estas individualidades conscientes, surta el benéfico efecto de irradiar en la masa su espíritu de iniciativa y su energía, es preciso que escapen a dos errores de los más comunes: uno, el desprecio de la organización y de la obra menuda en el seno de las masas, para encerrarse en la torre de marfil de sus abstracciones ideales, como sucede con los individualistas; otro, el creerse hombres providenciales, el erigirse en pastores de la grey obrera y pretender dirigirla con su autoridad, como dictadores, sin darse la pena de descender en medio del pueblo, o descendiendo como amos, como sucede con los reformistas y también con muchos que se creen sinceramente revolucionarios, pero que igualmente realizan de ese modo una obra reformista.

Los obreros más conscientes y revolucionarios, lejos de salirse de las filas para encerrarse en una torre de marfil o para improvisarse jefes de sus compañeros menos evolucionados, deben en todo lo posible permanecer en medio de ellos en condiciones de igualdad. Así su palabra y su ejemplo tendrán verdadera eficacia, y conseguirán aumentar y hacer cada vez más aguerrida y fuerte a la minoría revolucionaria, al mismo tiempo que ejercerán entre las grandes masas una influencia siempre creciente que, antes o después, las pondrá sobre la vía maestra de la revolución.

Luigi Fabbrì



—Di, padre ¿la cárcel tiene calefacción?



PAGINA DE ARTE



LOS PASCALISCHS DEL SIGLO XVIII

LA ROSALBA Y LA TOUR

Durante mucho tiempo atribuyóse la invención de la pintura al pastel a una artista veneciana, la Rosalba, célebre retratista, allá en los comienzos del siglo XVIII, de príncipes y señores. Lo cierto es que la invención de la Rosalba es una pura leyenda, y que la admiración que despertó su obra mientras vivía, como tantas veces sucede en la historia, ha sido exagerada e inmerecida.

El pastel, es decir el procedimiento de pintar con lápices de colores, es antiquísimo. Los egipcios — que tantas cosas conocieron — lo usaban, así como los viejos maestros franceses del siglo XVI.

De la Rosalba, de su celebridad, quitándole la atribuida invención, no queda nada o muy poca cosa. Su obra dispersa en los museos es completamente banal. Nada semeja más a los retratos, lamidos, sonrientes y superficiales, que hacen los malos artistas modernos para nuestros Creos enriquecidos detrás de los mostradores.

Miniaturista, fué una especie de máquina fotográfica que, sino muy fiel, por lo menos llenaba las aspiraciones a lo bonito de sus aristocráticos clientes.



LA TOUR — D'Almeida

Rosalba fué admitida en la Academia Real de pintura de París, el 26 de octubre de 1720. El Louvre conserva una obra suya — "Joven con un mono", — que todas las inglesas sentimentales, dueñas de una caja de pastel, han copiado. Es bonita a más no poder.

Murió la Rosalba en el 1758, después de arrastrar sus últimos 15 años en la más lamentable miseria física: ciega, parálitica y demente.

Probablemente su fama extraordinaria se explica si se tiene en cuenta que puso de moda — quizá perfeccionándolo — el procedimiento más amable, elegante y divertido que exista y que tan bien se adapta al espíritu de esa época, de galantería, amabilidad y buen gusto.

Los fabricantes de leyendas han asociado el nombre de La Tour con el de la Rosalba. Según ellos, La Tour habría recibido de sus manos el "secreto" del procedimiento.

Está probado que a la llegada de La Tour a París, la Rosalba ya había partido para Venecia, es decir en el 1721, que, al decir de los Goncourt, fué cuando el gran pastelista llegó a París.

De común con la Rosalba no tuvieron sino una cosa lamentable: que ambos murieron locos.

La Tour nació en San Quintín en el



LA TOUR — D'Angerville

1704. Tomó pocas lecciones con artistas mediocres y hasta el 1737 que es cuando expone un retrato en el Salón de París, no se sabe nada de positivo sobre él. No se ignora que en 1731 hizo un retrato de Voltaire, y hacia el 1734 uno de Moliere, vestido a la oriental, pero no puede precisarse como pudo conseguir esos encargos. Lo positivo es que la historia del pastel es inseparable del nombre de La Tour, del cual pudo muy bien decir entonces Lafont de Saint-Yeurre:

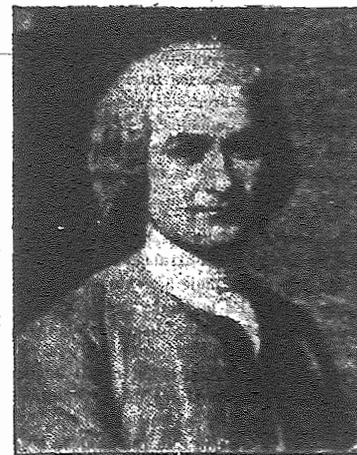
"Hablemos del pastel, especie de pintura excesivamente a la moda, y a la cual La Tour ha dado una voga y un crédito que no parecen poder aumentar después de los prodigios que él ha hecho en el género. Bien es cierto que ha producido una muchedumbre de miserables imitadores. Todo el mundo ha tomado en las manos sus lápices de colores. Como pasa siempre entre nosotros, todo lo que está de moda el público lo adopta con furor. Recordemos cuántos monos ha producido nuestro inimitable Wateau en su tiempo..."

Después del 1737, que es el año de su entrada en la Academia Real, La Tour conoció la celebridad con todo lo que aporta para un artista: favor público, homenaje y fortuna. La fortuna él supo conquistarla. Los ricos, decía, deben pagar por los pobres — y cobraba diez mil francos por un retrato, no admitiendo regateos.

He aquí una anécdota que cuenta Lafauze y que pinta tanto la maestría del retratista como el carácter del pintor:

"Un retrato que, como muchos otros de La Tour, podría ser el de una clase, es el del gran financiero de la época M. de la Riviere. Pleno de goce orgulloso y

de riqueza insolente. Rostro ordinario y satisfecho, redondeado por el doble mento, solemnizado por la gran peluca, cuyos rizos empolvados descienden sobre el traje de terciopelo rosa con galones dorados. La sonrisa expresa, sin finura, una benevolencia desdeñosa. La mirada carece de agudeza, acostumbrada a considerar a los hombres según el peso de sus fortunas, más bien que penetrar en sus almas. Ese príncipe del dinero tiene una actitud de soberanía tranquila. Parecería que La Tour, poniendo al descubierto de las puntillas a esa mano ociosa, haya querido poner de manifiesto su blandura, que ninguna labor arruga. El agudo psicólogo tenía semejantes malicias, buscaba y ponía de relieve los rasgos notables de un carácter, de una situación social, de una personalidad. La Tour sentía desdén por la fortuna sin espíritu ni cultura y le gustaba hacerlo notar. Se cuenta que habiéndole pedido una última sesión a de La Reiniere, La Tour, que lo estaba esperando con todos los útiles prontos, se vió llegar a un sirviente del financiero. Este no tenía tiempo para venir. — Mi amigo, dijo La Tour al sirviente, tu patrón es un imbécil y yo no debería haberlo pintado nunca. Tu figura me gusta.



LA TOUR — Juan Jacobo Rousseau

siéntate. Tienes rasgos espirituales; te haré tu retrato. Te repito, tu patrón es un cretino.

El sirviente perdió su empleo, pero La Tour le encontró otro. Al mismo tiempo rehusó a La Reiniere los retratos — de él y de su esposa — que le había hecho, porque el financiero se permitió regatearle el precio".

Tal el hombre y tal el artista, predomino e irónico conecedor de los hombres.

Si es cierto que los artistas ponen una parte de sí mismos en sus obras, puede afirmarse que La Tour se ha puesto de cuerpo entero en sus obras. Ardiente y apasionado, nervioso, vibrante, espiritual, se ha entregado en sus obras por completo, sin reticencias ni hipocresías. Todo lo decía: es lo que da a sus retratos ese sabor de verdad que no se encuentra en ningún otro entre los artistas del 1700.

Nadie ha igualado a La Tour, ni el mismo Chardin, ni menos Liotard, ni Greuze. Los unos y los otros han, a veces, hecho al pastel agradables efigies; han podido evocar a otros con fuerza y hasta penetrar caracteres: nadie ha fijado su

tiempo con el sello de La Tour, o mejor, nadie hace revivir a su época en esa especie de adivinación psicológica. La Tour es todo el siglo XVIII francés: Pompadour, Voltaire, Rousseau. La vida sensual y ligera, su poco de filosofía fata-



LA TOUR — La Camargo

lista, la pedantería sonriente, la gracia divinizada, sólo él las posee. A todo eso agrega el don supremo de la vida, de la vida individual. Bajo el polvo de sus lápices encierra seres palpitantes. Cada uno de ellos vive por sí mismo y os encanta con una mirada o un pliegue de labios que le es propio; y sin embargo, en esa mirada, en esa boca, vagan los ensueños de toda una generación humana, los sentimientos de millares de corazones, cuyas cenizas reposan en las tumbas.

He aquí lo que es maravilloso en el genio de La Tour. He aquí lo que conmueve cuando se entra en las tres pequeñas salas del museo Lecuyer, en San Quintín, y cuando los ojos de sus retratos, llenos de recuerdos, se fijan en nosotros.

Murió en el 1788.

PARABOLAS MODERNAS

CAMARADAS

Iba el viejo linyera, después de salir de la ciudad, por el camino del ferrocarril; y su figura, en medio de la pampa, semejaba uno de esos dibujos en los que se representa al año viejo marchando hacia el ocaso. Ya iba el rojo sol bajando las últimas gradas de la curva escalera de los cielos y había un gran silencio en los contornos.

Recordaba el viejo Iván todo su pasado, ya que no podía pensar en su futuro y no tenía más esperanza que la imagen verde de los campos.

Se encontró con otro viejo linyera, Giovanni, que llevaba dirección contraria. Se detuvieron y conversaron.

- ¿Tienes dinero?
- No — contestó Iván. — ¿Y tú?
- Tampoco.
- ¿A dónde vas?
- A la ciudad. ¿Y tú?
- Al campo.

Se miraron y lo comprendieron todo. Se sentaron y comieron naranjas.

Hernández de ROSANO

EL ARTE ENTRE LOS HOMBRES

NOTAS PARA UN ESTUDIO

El artista pinta y quiere expresar a seres de los cuales no conoce ni desea saber la vida. El sabio vive lejos de los hombres; el médico atiende y cuida a seres cuyo destino le es indiferente.

Esta bárbara ignorancia no puede sino crear una insensibilidad real.

Jamás los hombres de clases distintas se han ignorado en un grado tan extraordinario como en nuestros días. ¿Qué digo de clases distintas?... Simples grupos no se conocen y se tratan con indiferencia y desprecio. Es porque no tenemos un lugar de reunión común donde una idea común una a los corazones. No es porque nos sentemos en el teatro en una butaca vecina, que logramos acercarnos.

Todas las viejas civilizaciones están basadas en el sentimiento de la necesidad que tiene el hombre de reunirse, en su corazón, con su semejante, de sentirlo, otro yo.

Es el rol de la democracia el de satisfacer a esa necesidad esencial del hombre, de experimentar la sensación inefable de hallarse unido a sus semejantes.

II

¿Por qué el artista se siente a disgusto entre el pueblo y en general, fuera de los ambientes que le son habituales? ¿Piensa vagamente que sus preocupaciones le son extrañas o indiferentes, y que su arte no responde a ninguna de sus necesidades?

Si esto es realmente justo ¿a qué responde entonces la forma de arte que el artista lleva en sí?

¿En qué quedaba la idea, que tenemos, de que el arte es una cosa necesaria al hombre? Para nosotros, es una verdad absoluta consagrada por los siglos; y sin embargo nos damos cuenta que somos desmentidos y que resultamos inútiles a esos hombres!

Es necesario responder a este interrogante:

¿El arte es de una necesidad absoluta; es una cultura o una fuerza natural en el hombre? Si no es sino el resultado de una cultura, nuestro aislamiento se comprende y explica. Pero si, por el contrario, es una necesidad natural entre los hombres la de comunicarse por las formas, como la historia nos lo prueba, ¿de dónde proviene, entonces, nuestra actual soledad? El arte que nosotros amamos, o bien el arte al cual nosotros nos hemos habituado, ¿no es como el arte del pasado una lengua universal? El fin al cual tiende ¿no es común a todos los hombres? Esta es la interrogante que debemos formularnos. ¿Trabajamos solamente para ciertos ojos o para las almas y sentimientos de todos los hombres?

Los hombres difieren en los gustos por los géneros y los ornamentos; pero están de acuerdo sobre el fondo de los sentimientos. Los estilos cambian y desaparecen; la naturaleza del hombre no ha cambiado. Es por lo tanto, a lo que es permanente en el hombre que el artista debe dirigirse. Por la altura y la lógica de su deseo, da el tono a todas las artes que colaboran en la vida. Se propone, así, adaptarse a las necesidades reales, y armonizar con las formas naturales, accentuando el horror a lo inútil.

Existe, en verdad, una lejana ruptura del arte con el pueblo. La idea de un arte popular indica hasta dónde este error es posible. Se dice, también, que es necesaria una religión para el pueblo, y ninguna para los ricos: ¿por qué?

Hay, por lo tanto, hombres que se habitúan a la idea de que hombres de clases diferentes tienen sentimientos diferentes! Este error extraordinario, muy moderno en este orden, agrava la separación de los hombres.

El arte, siendo una forma de reunión de los hombres, no tiene fuerza sino cuando se dirige a los hombres. No es, por lo tanto, a sus costumbres (debidamente a la depravación del bienestar o a la violencia

de las reivindicaciones originadas por la miseria) que él debe dirigirse. Su finalidad tiene que ser más general e ignorar lo mundano y lo popular: él no ve sino al hombre en la humanidad; no ve sino un solo interés que los reúne a todos.

¿El arte no ha sido siempre el verdadero Esperanto? ¿Y es en el preciso instante en que los hombres desean crear un idioma universal, que responda a la universalidad de su pensamiento, cuando es posible pensar en un arte que se dirija más bien a una clase que a otra? El arte ha sido siempre un signo de comunión universal. Y es mucho más necesario restituirle su carácter universal que imponerle un problema cualquiera, una nueva servidumbre.

¿Cuáles son las causas que pierden a los artistas y los alejan del verdadero sentido del arte? La idea falsa primera, de que el arte se enseña, de que no es natural, lo cual lleva al artista a informarse en otros hombres, sobre lo que debería ser su propia finalidad. Sólo él debería responder a su pregunta, si él fuese quien se interrogara; pero de esto no se preocupa, y se aleja cada vez más de esa idea, a medida que va adquiriendo habilidad en la forma de arte que se le enseña, posesionándose de la idea funesta de que el arte es el producto artificial de una disciplina y una cultura.

Así, desprecia al burgués para el cual trabaja, al pueblo por su grosería e ignorancia, y concluye por no poder vivir más, sino en el pequeño círculo de hombres donde se refina y desea finalmente.

No interrogándose nunca, encontrando mediocres las acciones de los hombres presentes, creyéndolos indiferentes por su estética, se proyecta en el pasado o en las fantasías de sueños que él supone superiores, no hallando apoyo en él, ni en ninguna parte. Mientras su juventud lo sostiene, se complace en esfuerzos que no lo ligan sino a los que comparten las mismas quimeras, y que, por último, dan lugar al disgusto que el sentimiento de la inutilidad y el pesimismo naturalmente engendran.

No reconociéndole al arte su misión de comunión humana, el artista insensiblemente se ha separado de su verdadero objetivo, mediante una cultura artificiosa y el cultivo de un goce egoísta, hallándose finalmente excluido del conjunto de los seres.

Por ello, es necesario no confundir los medios de expresión artística con la finalidad del arte. Ciencia y técnica están fuera.

Una educación verdaderamente humana, es la más bella educación de arte (estética).

La razón del arte está en la necesidad de establecer la comunión humana, por la emoción que nos producen los actos y los sentimientos de los hombres, y el espectáculo de la naturaleza expresada por medio de las formas plásticas; la estética, es decir, el medio de expresión que elige o crea el artista para dar la elocuencia a su emoción e imponérsela al espectador.

III

¿Por qué misteriosas razones nuestros monumentos modernos, tan costosos, aportan tanto fastidio a nuestras calles? La Sorbona, los liceos, registros civiles, hospitales, correos, bibliotecas, se le ofrecen al transeunte como fortalezas hostiles. Esos monumentos carecen de ornatos que alegren sus fachadas, mas suponiendo que fueran largamente decorados ¿serían más alegres? Se ve enseguida que no y que su aspecto sería idéntico a lo que es.

La verdadera razón es que en ninguna parte la arquitectura moderna tiene en cuenta al transeunte; sus fachadas no ofrecen ningún abrigo, ni contra la fatiga ni contra los elementos; nada de favorable a la meditación ni a la conversación; no tienen ningún lazo exterior con el público. El alumno sale del liceo y se le vuelve un desconocido; el estudiante de la facultad se vuelve un extranjero; un

intruso, si se le ocurre entrar como visitante.

Los monumentos de las épocas de arte, es decir, de comunión entre los hombres, tienen la facultad de abrigo y de meditación, y son adornos de las ciudades.

Las arcadas y columnatas, donde cada uno se encontraba en su casa, dicen que eran verdaderamente edificios públicos y no albergues de misteriosas administraciones.

El palacio de la ciudad tenía el aspecto exterior de la meditación. Que se pensase en las viejas ciudades universitarias italianas, en Padua, por ejemplo, en las ciudades donde el espíritu de la colectividad dominaba. Todo era el resultado de esa necesidad de reunirse, y el hombre, el ciudadano, era acogido y protegido por el exterior, como por el interior. Así, un hombre que se reúne con sus semejantes, logra un armonioso beneficio, y el que

se separa — en su egoísmo — un fastidio que no tarda en ser un enemigo.

Todo el renacimiento artístico se encuentra en esta idea: que el que trabaja en el interior del monumento es el ciudadano futuro que meditará bajo los pórticos exteriores.

Que el acogimiento de la ciencia y del arte sea generoso y sonriente como su finalidad. Nuestras calles son frías y heladas por nuestros monumentos, producto del trabajo de todos. La ciencia y el arte se nos aparecen orgullosos y vanas, haciendo un desierto en torno a sus residencias. Ningún transeunte encuentra un estímulo a su esperanza; las rejas y los guardianes conspiran contra él, afirman, con la fría separación de sus muros, la ausencia de todo lazo moral.

Eugenio CARRIERE

Revolución, Dictadura, Sociedad Libre

Para LA PROTESTA

Aunque como anarquistas y sindicalistas estamos penetrados del convencimiento de que una sociedad libre no puede realizarse más que por la táctica sindicalista de la acción directa, por la vía antiautoritaria, es decir, anarquista, debemos sin embargo confesar que en la mayor parte de los países, sobre todo de los países de Europa, una revolución que estallase en un futuro próximo no estaría desgraciadamente inspirada por un espíritu antiautoritario, anarco-sindicalista.

Aunque podemos asegurar que en los últimos años el movimiento anarco-sindicalista y sindicalista se desarrolló poderosamente en Europa y en otras partes de la tierra, los trabajadores que se encuentran en las organizaciones sindicales revolucionarias y anarquistas son una minoría. Si esa minoría formara en Alemania medio millón, en lugar de cien mil, aún así mismo, ese medio millón no sería decisivo, en parte porque está frente a diez millones de obreros antisindicalmente organizados, y en parte también porque los trabajadores sindicalmente organizados son demasiado nuevos en la concepción antiautoritaria, y su pensamiento se mueve aún en los moldes democrático-autoritarios de las décadas de años de la educación social-demócrata. Sería difícil realizar con esas masas la base fundamental del socialismo antiautoritario, pues se tiene siempre que contar aún con el influjo de las ideas y de los acontecimientos que vienen de Rusia y que en el pensamiento y en el círculo de las representaciones de las grandes masas ocupan un espacio grande todavía. Bien que sea contra nuestro deseo, estamos obligados no obstante a reconocer que una nueva revolución proletaria que estallara en los años próximos, probablemente entraría en carriles idénticos a los de la revolución rusa. Pero si en la época actual no logramos una revolución, sino en el próximo período revolucionario, es decir, si el actual período revolucionario se hubiera agotado ya, lo que no queremos creer, entonces existiría la posibilidad en la época revolucionaria venidera de una realización más grande del orden social antiautoritario. Una revolución bajo el influjo del anarco-sindicalismo excluiría lo que se entiende por "dictadura del proletariado".

Pero nosotros debemos adoptar una posición para nuestra época y para las posibilidades que yacen al alcance de la evolución inmediata, es decir, para el caso de un *putsch* político eventual de los comunistas, que se instituiría como consecuencia de un *putsch* de la derecha. En el período de calma el partido comunista prestigia el gobierno obrero; antes como después del período agitado; quiera la dictadura del "proletariado". Para nosotros, anarquistas y sindicalistas, se plantea de este modo en una situación revolucionaria como la que aquí suponemos, el problema: ¿Cómo podemos realizar en la medida más grande las ideas libertarias? No tenemos fuerza para poder elegir se;

gún nuestros cordiales deseos entre la dictadura y la libertad, sino entre dos especies de dictadura. Pues ahora, como en el pasado, mientras el Estado y el capitalismo existen, estaremos bajo una dictadura. En un sentido restringido es dictadura estatal en un estado de sitio, pero en un sentido más amplio puede caracterizarse la dictadura como el dictado de una camarilla dominante. Y en este sentido, la monarquía absoluta en Alemania era, lo mismo que el Congreso de los Estados Unidos y el Congreso soviético ruso son, formas distintas de una dictadura política que sólo temporal y exteriormente se diferencian y que se expresan ya en la dictadura de un grupo capitalista, ya en la de una burocracia estatal, tal vez en una dictadura de los partidos o de los sindicatos elegidos por los trabajadores mismos. Mientras tengamos un sistema político de dominio, viviremos bajo una tutela, o si se quiere, bajo la dictadura. Aunque la palabra dominación y dictadura tengan un origen político diverso, su contenido es hoy el mismo. Significan que una parte de los hombres, sea una clase, un partido o un grupo de autócratas y demagogos domina sobre los otros y oprime a las grandes masas. El problema no es para nosotros en las actuales distribuciones de las fuerzas del movimiento obrero, dictadura o no dictadura, sino perpetuación de la dictadura del Estado capitalista y militarista, por una parte, o el comienzo de una nueva dictadura de los jefes del proletariado, por otra.

Supongamos que en la segunda Internacional no hubiese dominado el espíritu marxista, sino el espíritu bakunista como en la época de Bakunin en la primera Internacional. Entonces habría sido propagado en las masas durante los últimos 60 años, no el marxismo autoritario, sino el socialismo antiautoritario en la misma medida que las ideas social-demócratas. La consecuencia de eso sería que en las actuales circunstancias la revolución social se presentaría en formas más radicales y socialistas. Las clases dominantes temerían una revolución influida por el espíritu bakunista, mucho más que si estuviera inspirada por el espíritu marxista. El proletariado emprendería más decididamente la expropiación, los campesinos se posesionarían de la tierra, los obreros industriales de las fábricas, los mineros de las minas, los marineros de los barcos, etc., los actuales propietarios y accionistas serían desposeídos y los capitalistas, venderían más que hoy sobre la violencia de los proletarios. En este caso el proletariado no estaría tampoco como hoy escindido en grupos tan numerosos y en partidos, pues la escisión fue introducida primeramente en el movimiento obrero por Carlos Marx y se ha desplegado después cada vez más. España ilustra esto del modo más acabado. Allí el influjo marxista no fue tan tenaz y, por consiguiente, el proletariado revolucionario se unió en el terreno de un movimiento corporativo sindicalista-único, y el reformismo no

puede ser considerado como organización proletaria de masas.

La burguesía y el Estado social-democrático-burgués condenarían y combatirían más una revolución movida por el espíritu del anarquismo y del sindicalismo de lo que combatirían al bolchevismo cuando éste aún estaba en su primer período. Hoy el gobierno sovieta ruso es reconocido por casi todos los Estados capitalistas y la nueva política económica de los soviets rusos cuida de que la conciliación con los capitalistas sea cada vez más estrecha. Contra una revolución que haga el intento de introducir las relaciones sociales antiautoritarias harán los defensores del actual orden social, como aconteció con el bolchevismo, el reproche de un forzamiento por una minoría si no estuvieran con la revolución todos los proletarios, todo el pueblo, también los adversarios del socialismo. Y como el pueblo no se compone sólo de proletarios, sería siempre fácil a los reaccionarios indicar que las masas no proletarias son forzadas a algo.

Y sin embargo hay una diferencia entre la conquista de las riquezas por los bolcheviques, por los comunistas, y la conquista de la tierra, de las minas y de las fábricas, de las máquinas y de los instrumentos de producción por los sindicalistas y los anarquistas. La diferencia consiste ante todo en que los primeros persiguen la conquista del Estado, o sea de una organización política, mientras que los últimos desean la destrucción del Estado y de todas las organizaciones estatales que hasta ahora, en tanto que organizaciones políticas, constituían las únicas organizaciones sociales posibles. Si los partidos comunistas de todos los países y los bolcheviques se sostienen siempre en el mismo terreno del Estado político y no se distinguen en principio absolutamente nada de todos sus adversarios, la revolución de los sindicalistas y de los anarquistas aspira a erigir para las necesidades materiales de los hombres las organizaciones puramente económicas, las uniones independientes de toda violencia política central.

Sólo así se puede imaginar el socialismo libertario, no como una sociedad, sino como muchas agrupaciones humanas más o menos grandes según la necesidad, las cuales podrían después a lo sumo llevar el nombre de sociedades. El ideal de fundar una llamada sociedad libre única, huele siempre demasiado a centralización política y a dominación autocrática, donde los políticos autoritarios quieren ocupar el puesto de los actuales políticos burgueses.

Se habla mucho en los círculos de la socialdemocracia extremista de la construcción del socialismo de abajo a arriba. Pero al mismo tiempo se aspira a la conquista del poder político, a la conquista del Estado. ¿Cómo se puede hablar consecuentemente de una construcción de abajo a arriba si se desea conservar el Estado? Una construcción del socialismo de abajo arriba sólo es posible si no existe ningún poder central, ninguna dirección central representada por el Estado. Se habla de un nuevo Estado, de un "Estado proletario". La misión de ese Estado es otorgar decretos sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre la socialización de la producción, sobre la enseñanza, sobre la defensa contra la contrarrevolución, en una palabra, sobre toda la vida en el dominio social y económico. Pero con eso tenemos ya el socialismo de los decretos, el socialismo de las órdenes, la organización y la construcción de arriba abajo.

La construcción del socialismo de abajo a arriba no puede ser realizada más que si se reconoce el principio del descentralismo y se acepta la táctica del sindicalismo y del anarquismo.

Pero aquí encuentra al mismo tiempo el problema de la dictadura del proletariado su contestación. Lo que hoy se entiende por "dictadura del proletariado", y lo que los comunistas de Estado y los bolcheviques significan con ella es la conquista del Estado, la instauración del socialismo por la política del poder central.

Este es el camino de los socialistas autoritarios, o, más claramente, de los social-demócratas, pero no el camino de los socialistas antiautoritarios y libertarios,

de los sindicalistas y de los anarquistas.

Como señala la historia de los últimos cien años, no hay enemigos más celosos del capitalismo que los anarquistas y los sindicalistas. Los social-demócratas, comprendidos los que hoy se llaman "comunistas", y que no son nada más que socialistas que aceptan medios más radicales, no pueden de ningún modo, sin faltar a la verdad, sostener que los anarquistas y los sindicalistas no combaten severamente al capitalismo. Los anarquistas y sindicalistas son más, son adversarios del Estado. Y este es el motivo por el cual rechazan una dictadura ejercida por un Estado.

Adversarios del capitalismo y de toda suerte de dictadura estatal, nos dispensemos a servirnos de los medios económicos a disposición del proletariado cuando el capitalismo con sus medios de violencia o el Estado quieren impedir que los trabajadores entren en posesión de la tierra y de las industrias, o cuando el capitalismo quiere continuar beneficiándose con el trabajo de los proletarios y el Estado acortando la libertad de los individuos o de los grupos.

En algunas partes de Alemania, los sindicalistas son tan fuertes que en condiciones favorables estarían en situación de realizar esta táctica. Es decir, si entramos pronto en una nueva revolución los trabajadores pueden poseerse a sí de las minas sin esperar una orden del Estado o de alguna otra parte. La producción puede ser proseguida sin interrupción. Si los trabajadores en Sajonia, en Hamburgo, en Berlín o en otros lugares proceden tan independientemente del Estado, entonces se ejercita un método descentralizador económico de revolución que aunque se le llame dictadura, según nuestra opinión nada tiene que ver con la dictadura. Pero esta acción descentralizada puede ser realizada al mismo tiempo por todas partes de un modo concéntrico. La causa de que las sublevaciones parciales en Bremen, en Hamburgo, en Sajonia fueran sofocadas, está en que esas acciones no se llevaron a cabo concéntricamente y a un mismo tiempo, en que tal vez no estaban absolutamente nada organizadas.

Aquí se presenta también la objeción de los comunistas de Estado de que es necesario organizar una dictadura político-militar, porque si los trabajadores conquistan los talleres para sí, pueden ser vencidos nuevamente por la violencia militar. Pero esto no puede suceder más que si los trabajadores no desarrollaron acciones concéntricas y si hay entre los obreros aún grandes masas que se ofrecen para ser soldados. Un socialismo de soldados como el que se realizó largo tiempo en Rusia — hoy tenemos allí de nuevo al capitalismo como en todas partes — puede en ciertas circunstancias ser mejor que el capitalismo norteamericano; pero aprovecha las luchas del trabajo para su libertad personal y su mejoramiento económico. Estas luchas pueden ser decididas también por las armas entre los poseedores actuales del poder y los trabajadores libertarios. Kronstadt fue el comienzo de una lucha semejante, pero fué ahogado en sangre; Trotzky, el rojo perro de presa, venció. El problema es éste: ¿Qué nos lleva más rápidamente al socialismo antiautoritario: la instrucción de las masas que se encuentran todavía en el cuadro de las ideas capitalistas o el camino de un socialismo militar? Y esto puede ser contestado por cada individuo según sus simpatías; pero la historia nos da sobre esto lecciones concluyentes.

Nosotros consideramos mejor no provocar una revolución mientras los trabajadores no sean capaces de realizar el socialismo libertario. Pero si una revolución estalla con motivo de otras causas psicológicas, políticas y económicas, pero no debido a la propaganda socialista, como fué el caso de Alemania en 1918, entonces no podemos quedar con las manos en los bolsillos del chaleco y contemplar como luchan y sucumben los proletarios que por circunstancias internas o externas son de otra opinión, o quizás también víctimas de las opiniones ajenas. Entonces es valedera para nosotros la posesión autónoma, descentralizada, pero en una acción concéntrica, de la tie-

rra, de las fábricas, de las minas, etc., a diferencia de la centralización estatal; entonces propagamos una presión de naturaleza económica sobre los defensores y los servidores del capitalismo y del Estado que se opongan a esto. En una lucha armada los trabajadores no han vencido más que en Rusia, mientras que en Hungría y Alemania experimentaron una derrota. Si los trabajadores conquistan por la violencia armada el poder de Estado, entonces deben conservarlo también con la fuerza de las armas. Esto lleva involuntariamente a una organización de opresión, no sólo contra la burguesía, sino también contra la parte de la clase obrera que quiere realizar a su manera su ideal.

Pero justamente la revolución alemana señaló que no es la violencia de las armas la que hizo triunfar la revolución. El 9 de noviembre, el día en que se derumbó la monarquía de los Hohenzollern, fué señalado precisamente por su carácter nada sangriento. El Estado monárquico no fué sacudido por la fuerza y el poder de las armas, sino por la voluntad del pueblo alemán que no quiso apoyar más largo tiempo la violencia por la que estaba dominado. Y tampoco el capitalismo será destruido por el poder de las armas, sino por el socavamiento de la fuerza de las armas que sirven a su conservación.

Si el proletariado marcha por el camino aquí trazado, no por el de un nuevo militarismo que erigirá un nuevo Estado; si hace efectiva la imposición de su voluntad a la clase capitalista por una táctica descentralista en relación a la destrucción, y concentra en relación a la acción, entonces podemos abrir la vía a la sociedad libre, antiautoritaria, sin la dictadura que quieren los comunistas de Estado. Si esto no sucede hoy o mañana, es más conveniente preparar a los trabajadores diariamente a fin de que el futuro pueda contener más grandes promesas.

Agustín SOUCHY

Berlín, abril de 1923.

El hechizo del nombre

El cielo estaba como un campo sagrado y en mitad de él ardía y esplendía el sol, rojo y sangriento, apasionado y enamorado como un corazón.

La tarde del domingo se hallaba cargada de aromas, de caricias, de efluvios de la primavera naciente, de la primavera que estos días dorados y leonados llevan ya en el casto seno.

La superficie lisa, bruñida, pavonada del mar, no la alteraba ni el rizo de una onda, ni el soplo del aura más liviana.

Su profundo azul, sembrado de chispas y de rosas de oro por los rayos febeos, parecía la continuación del otro azul, del empiro, en el que también se anegaban las velas blancas de las nubes y el casco de fuego de los astros.

Por las carreteras de la montaña subían y bajaban los autos resoplantes y atronadores, zigzagueaba el relámpago de los tranvías, pululaba y hormigueaba el inmenso pueblo de los niños de las familias proletarias y de los enamorados.

Un verdor esmeraldino de pinares y de praderas, de hojas recién brotadas y trigos tiernos, se extendía, como un río generoso, por las vertientes y desbordaba barrancos y cañeríos y alfombraba los surcos más hondos de la tierra.

El aire tenía una suavidad de leche, de roce y de sombra de alas. La luz, una alegría de embriaguez



Loc-Kout

El nombre

o un campo se- él ardía y es- y sangriento, ado como un

go se hallaba e caricias, de tra naciente, tos días dora- ya en el casto

ruñida, pavo- alteraba ni el sopló del au-

sembrado de- ro por los ra- continuación eo, en el que s velas blan- sco de fuego

la montaña los respalan- ueaba el re- pululaba y pueblo de proletarias

de pinares recien bro- e extendía, or las ver- ancos y ca- surcos más

idad de le- a de alás. mbriaguez

y de vino. Impregnaban la atmósfera perezas de siesta y de fiesta.

Yo iba dialogando de cosas eternas con un filósofo, que me hostigaba y me pinchaba con las finas agujas de sus interrogantes desde las páginas de un libro, cuando oí detrás de un seto una risa femenina y argentina que vibraba acariciada, roto a veces por un murmullo ronco, acerado, afilado y agudo como una espuela.

El filósofo me había aburrido con su monserga metafísica y me senté agobiado. Detrás del seto, el susurro dentado y viril desgranaba su madrigal, seguía desgarrando, violando la risa trémula, emocionada, líquida como vena de arroyo, de la pequeña, que escuchaba feliz.

— ¡A qué raras voluptuosidades— musitaba el galán — a qué raros refinamientos, a qué ritos religiosos y libidinosos de Oriente me huele tu nombre? Porque tu nombre huele, tiene un aroma poderoso y capitoso, es fragante como un jardín, mata la fátex leguminosa del campo y calienta la frialdad, la nieve levemente rosada de los manzanos en flor. Tu nombre es una primavera perpetua, un medio día encendido y lujurian-

te, una ventana castellana o un patio andaluz, en el que se arringleran en larga línea las macetas. Yo, pitusa, te quiero primeramente por el nombre. Cuando lo pronuncie, sus letras me florecen en los labios como rosas, y me llenan la boca de perfume y me hieren la rosa seca de mi corazón y me lo inundan de miel hiblea y de gozosas llamas.

Desfalleció el susurro y se apagó la voz. Ahogóse la clara risa en un suspiro espeso. El sol se hizo cargo de la situación, comprendió que allí estaba de más, que a aquella pareja le estorbaba la luz, guiñó el ojo pícaramente y se retiró por el foro.

Yo tomé el olivo también. Abrí el pesado volumen y volví a mi filósofo y a mi peripatetismo. Pero, ¡para leer estaba yo! Díaz garfios agudos me escaraban en la sesera y me sacaban tiras del pecho. Parecía que me había tragado una gruesa de alfileres. No había más que un problema "filosófico" que atenazaba y atosigaba mi corazón. Este: ¿cómo se llamará la bienaventurada pequeña? ¿Qué nombre sería el que se hablaba tan preñado de miel?

Angel SAMBLANCAT

LA OFENSIVA REACCIONARIA Y LA ACCION DEL PROLETARIADO

Europa, por no decir el mundo entero, contempla el desencadenamiento más furioso de las fuerzas reaccionarias que registra la historia. De país a país no se observa diferencia alguna motivada por la forma de gobierno, sino que la distinta intensidad que advertimos aquí o allí en la ola de la reacción corresponde a la intensidad del peligro que amenazó esos años últimos y que continúa amenazando el sistema imperante. Por lo demás, es una verdad natural, después de Bakunin, que "bajo todas las formas de gobierno, en las monarquías tanto como en las repúblicas, desde el momento en que la salvación del Estado lo reclama, todos los Estados piensan, sienten y obran lo mismo. En ese terreno todos se dan la mano, Muraviev y Haynau, Bismark y Thiers, Gambetta y hasta el mismo señor Marx, si hubiese sido llamado a gobernar alguna vez un Estado".

Haber supuesto que la Rusia comunista procedería en el terreno de la-lucha contra los factores revolucionarios de un modo distinto a Francia, a España, a Italia, a cualquier país en que predominan aún formas medioevales de gobierno, fué una inconfesable ingenuidad en nosotros; Bakunin no hubiese dudado un momento que Lenin se daría la mano con los jefes de la reacción europea para la salvación del sagrado principio de la autoridad estatal. La reacción no depende de la forma de gobierno, sino del gobierno en sí.

Después de la apoteosis del fascismo italiano, las fuerzas semejantes de los otros países han cobrado nuevas alas para proseguir su labor de sofocar, no sólo todo movimiento de subversión, sino hasta el pensamiento mismo del mundo revolucionario. Es una Santa Inquisición la que domina, sobre todo en Europa, especialmente en Italia, en Rusia, en Polonia, en España, etc... El imperio de la censura y del terror mata en germen las palpitaciones del espíritu y de los sentimientos de libertad. Las clases dominantes quieren remachar de nuevo las cadenas espirituales de su dominio, debilitadas y quebrantadas durante los agitados años que siguieron a la revolución rusa y a la terminación de la guerra, con me-

diós que repugnan a toda conciencia humana, pero que son susceptibles de producir en los tiranos y en los privilegiados de la sociedad la ilusión temporal de la tierra firme bajo los pies. Un historiador del movimiento revolucionario escribió en los días de la reacción monstruosa que siguió en toda Europa a la derrota de los comunistas parisienses: "El socialismo ha muerto". En efecto, los gobiernos europeos creyeron haber definitivamente apartado la pesadilla de la amenaza del socialismo y de la Internacional. Pero todos sabemos la decepción sufrida por la reacción cuando vio resurgir de nuevo de entre lo que se supuso los escombros del movimiento revolucionario, más pujante que nunca la idea de libertad. Los golpes de la reacción no hieren de muerte, nunca hirieron mortalmente, el corazón de las fuerzas revolucionarias; originan trastornos temporales, trastornos pasajeros, silencios más o menos absolutos, paralizan en apariencia y durante un cierto período los gestos ostensibles, pero la esencia de las ideas de subversión continúa su trabajo subterráneo en los espíritus, la destrucción de la iniquidad autoritaria prosigue su curso ininterrumpidamente. Y no es la labor revolucionaria menos demoleedora cuando se verifica en silencio, en lo más recóndito del alma de cada individuo. El fascismo impera soberano en Italia, la voz-oficial de las bandas de camisas negras ha hecho silenciar la expresión de todo pensamiento contrario a la dominación de Mussolini; no hay un solo periódico obrero revolucionario en Italia, excepción hecha de Sicilia, tal vez, donde el fascismo no logró asentar del todo sus reales. Pensar en celebrar una reunión pública, por más inofensiva que sea, es una utopía; querer sostener en alto un girón siquiera de nuestra bandera de lucha, es una quimera. Los industriales y los monárquicos italianos pueden cartar victoria, y un historiador del momento que observe la realidad objetivamente, no vacilará en escribir: "La idea de revolución ha muerto en Italia". Sin embargo nada es más falso que la seguridad de los monárquicos y de los industriales de Italia y nada igualarían en ingenuidad a la afirmación de la muerte de la revolución en los feudos del fascismo mussoliniano. Thiers ahogó en sangre la Co-

muna, pero las ideas de la Comuna llenan el mundo entero y continúan suspendiendo su espada de Damocles sobre la cabeza de las clases dirigentes. La idea de revolución hace tantos progresos cuando no puede expresarse a la luz del día, como cuando es cantada en las plazas públicas y enarbolada en las banderas de la guerra social. El proletariado italiano no aprenderá menos útiles lecciones en la reacción fascista que en la ocupación de las fábricas.

En España no ha cesado el terror oficial y patronal; nuestros camaradas son asesinados en plena calle, sin que los criminales se cuiden de disimular las apariencias de bandas a sueldo de las clases capitalistas y gubernamentales. Las cárceles españolas están de bote en bote llenas de obreros revolucionarios; procesos no menos cínicos y provocativos que los asesinatos de militantes se celebran en Bilbao, en Barcelona, en Valencia, etc. Lo que no es ultimado por las balas de los sicarios es ultimado en las Audiencias por los comediantes de la ley. El movimiento obrero español enmudece bajo el terror, pues en los momentos actuales las protestas platónicas, los gritos de desesperación de algunos Comités, no significan menos el silencio del proletariado en general.

Francia es presa de la más espantosa reacción militarista; los signos exteriores de la vida del pensamiento revolucionario apenas se advierten; Poincaré, el hombre de la guerra y del odio a Alemania, no halla obstáculo alguno a sus planes en la resistencia de los trabajadores revolucionarios. Habrá muerto también la idea de la revolución en Francia, sacrificada en holocausto a la obtención de fabulosas cantidades de carbón en el Ruhr?

En Alemania hace enormes progresos un fascismo nacionalista que sigue los pasos del fascismo italiano; en ciertas comarcas, como en Baviera, la reacción es dueña absoluta; infinidad de sociedades patrióticas trabajan un golpe de Estado que devuelva el poder al junkerismo militarista; los gobernantes social-demócratas son impotentes para defender sus posiciones; están a merced del terror que difunden los cuerpos armados de las fuerzas reaccionarias; su propia máquina de defensa, los 8 millones de obreros organizados, será deshecha por la violencia del fascismo germánico. Los que se atreven a enarbolarse la insignia de la revolución en la arena de la propaganda están expuestos a caer acribilados a balazos, como en Italia o en España.

De Rusia, de Polonia, de Austria, de Yugoslavia, etc., no hablemos; la propaganda revolucionaria debe desarrollarse en esos países como hace cincuenta años, clandestinamente y bajo el imperio del terror inquisitorial de los gobiernos.

¿Qué hace el proletariado? ¿Cómo responde a las provocaciones insostenibles? Con el silencio y con la sumisión exterior momentánea. Esta es la verdad. Silencio y sumisión que causan las delicias de la sed de venganza de los capitalistas atomizados estos últimos años por la pérdida inminente de sus privilegios. Silencio y sumisión que producen una ilusión de triunfo en las horas feroces del odio reaccionario. Silencio y sumisión que sin embargo no pueden ser apreciados como síntomas de muerte más que por los ignorantes de los factores y de las características de la evolución y de los movimientos sociales.

Los trabajadores de todos los países dejan hacer, observan indiferentes o resignados los esfuerzos esclavizadores de sus enemigos. ¡Ni un gesto colectivo de resistencia! ¡Ni un signo de repugnancia ante los avances de la reacción internacional! A lo sumo resistencias individuales: Wilkens en la Argentina, los hunderschaften comunistas en Alemania. Pero la masa de los trabajadores queda inmóvil, no hace frente al enemigo y consiente que éste reconquiste el terreno perdido por la guerra y la revolución rusa. Gentes tan superficiales como el historiador que proclamó la muerte del socialismo al contemplar el silencio y la inmovilidad que siguió a la reacción desencadenada por la derrota de la Comuna, proclaman hoy su desesperación y anuncian la muerte del pensamiento y de las acti-

vidades revolucionarias en el mundo. El proletariado no se mueve, no se agita en defensa de su vida y de su libertad contra los progresos de la Internacional de los nacionalistas burgueses y reaccionarios. Los hombres de Moscú, perdidos en el fango del estatismo y de la violencia autoritaria, promueven en Alemania la creación de compañías proletarias de defensa; en distintas localidades comienzan a hacer su aparición estas "guardias rojas" y a defender las reuniones obreras contra las bandas nacionalistas.

Estos hunderschaften tienen la pretensión de constituir, desde ya los núcleos del ejército proletario y por eso no merecen la simpatía que tuvieron en Italia los nacientes "arditi del popolo". Además en el terreno de la resistencia militar, nuestra fuerza es insignificante; no podremos competir nunca con los cuerpos armados dirigidos y organizados por los técnicos de la guerra nacional, y si pudiéramos llegar a medir nuestras fuerzas con las de los reaccionarios en el campo de la lucha militar, como tiene la pretensión de poder hacerlo Trotzky, entonces será indudable que nos habremos despedido antes de la revolución. Para oponer un ejército rojo a un ejército de otro color y de otra bandera es un requisito indispensable romper con las ideas de la revolución libertaria que nosotros propagamos y queremos. ¡Bienvenida sea la lucha armada del pueblo insurrecto, siempre que no degeneren en lucha militar! Los cuerpos disciplinados de los hunderschaften comunistas en Alemania son o pretenden ser cuerpos militarizados que aspiran a vencer militarmente a otros cuerpos también militarizados. Los hunderschaften pueden ser útiles a la conquista del Estado, a la realización de una idea política, pero no a la revolución social. En España los militantes revolucionarios proponen el empleo del terror obrero contra el terror oficial, la lucha de las bandas de pistoleros de la confederación contra las bandas de asesinos de las organizaciones patronales y policiales. ¿Pero cuál será el resultado de las escaramuzas que podrían producirse por ese medio? Un derroche de energías dignas de mejor suerte. Claro está, la pasividad ante las provocaciones y los asesinatos de nuestros camaradas sería más que criminal el aconsejarlo; pero sí podemos aconsejar los medios verdaderamente efectivos y repulidar todas las sistematizaciones de cuerpos de defensa que terminarán por crear y fomentar en los trabajadores la idea del militarismo proletario, no menos perjudicial que cualquier otro militarismo.

Frente a la reacción y para la revolución, nosotros tenemos un arma y un escudo contra los que se estrellan todos los propósitos perversos de las clases imperantes. Esa arma y ese escudo están en los recursos que pone en vigor el proletariado cuando tiene el diablo en el cuerpo, como se complacía en repetir Bakunin. Si no podemos meter el "diablo en el cuerpo" de los trabajadores revolucionarios, la eficacia de nuestros esfuerzos para oponer un dique a la reacción y dar un paso hacia el porvenir, fracasará.

¿Cómo meter el diablo en el cuerpo de los trabajadores? Este es el problema que cada país y cada región resolverán a su modo y según su iniciativa. La creación autoritaria de cuerpos militares o de bandas de pistoleros federales no opondrá a la reacción un obstáculo, al contrario, puede ofrecerle un ambiente más apropiado para su desenvolvimiento. Es la resistencia colectiva, es el arma económica o las luchas armadas de las grandes masas, las que abaten y someten todas las potencias del sistema autoritario; pero para que las masas se muevan es necesario que tengan el "diablo en el cuerpo" y actualmente no lo tienen. Por eso puede decirse que nuestra lucha contra la reacción será impotente hasta que no consigamos la adhesión de las masas, es decir, hasta que no logremos meter el diablo en el cuerpo de los trabajadores. No queremos una revolución política sino una revolución social; nuestras mayores batallas contra el pasado no las ganará el ejército rojo.

¿Qué no podemos esperar a que las grandes masas estén con nosotros para iniciar la lucha contra la reacción omni-

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Resumen sintético de una filosofía libertaria

III

Fisiología del Progreso

En esa profunda autonomía y ese poder que hemos reconocido en todo organismo, en todo individuo (en el más amplio sentido de la palabra) reside la fuente, el germen de la libertad. Es la libertad en estado, como quien dice, embrionario. No se trata más que de un desarrollo, de una integración. ¿Cuál es este desarrollo? ¿Cuál será esta integración? Es lo que nos queda por examinar.

¿Progreso? — No existe el progreso, se ha dicho, *Tadem sed aliter*. No existen sino cambios de forma, transformaciones, metamorfosis, pero no existe nada nuevo, ninguna novedad, nada por "adelantado". en la naturaleza eternamente idéntica a sí misma, en el Gran Todo siempre igual, en suma, bajo las apariencias. Nada de progreso real, ni de marcha hacia adelante verdadera: *semper cadem!*

Hemos visto el valor de todo eso. Hemos visto como la puerta abierta sobre el infinito es una puerta abierta sobre la innovación y el progreso. Hemos visto como prosigue, en la naturaleza incommensurable, el trabajo sin fin de la creación eterna, engendrando sin cesar, para cada realidad un porvenir nuevo.

Pero es cierto que debemos cuidarnos de la ilusión del progreso absoluto, de la representación simplista de una Evolución unitaria que abarque en un solo movimiento único a toda la realidad.

Es así como, substituyendo con una metáfora, una imagen metafísica a la realidad de las cosas, se nos habla, citando una multitud de teóricos, oscuros o ilustres, de trayectorias cíclica, elíptica, parabólica, espiraloide, ... y qué sé yo! Es así como con Spencer se esquematiza al progreso como un movimiento divergente por la multiplicación de los efectos.

A estas concepciones *balísticas*, fatalistas, nacidas del simplismo y del absolutismo, una sana noción de la complejidad irreductible de la naturaleza y de la vida universal, opone una concepción orgánica, de desarrollo, de crecimiento, una concepción *energética*, que admite en cada progreso un rol a la iniciativa innovadora.

Si! nada de progreso de la naturaleza, de progreso absoluto! Nada de "devenir eterno" englobando a todos los fenómenos en un movimiento único! Sino desarrollo — por lo tanto fenómeno particular, concreto, relativo; — desarrollo espontáneo y autónomo de energía organizada, he aquí como se presenta, he aquí en qué consiste, a nuestros ojos, todo progreso verdadero, cósmico o terrestre.

Acumulación de potencial, tal es por lo demás el carácter fundamental de toda evolución progresiva. Acumulación, organización, desarrollo. Así progresa el mundo. Así el átomo se forma para engendrar los cuerpos; después así también la

potente que domina el mundo? Ciertamente que no; nadie aconseja esa pasividad; pero la tática que nos recomien dan los comunistas es peor que la misma pasividad. ¿Nuestro método? No sabríamos decir cuál es ni cuál será mientras los trabajadores, mientras las grandes masas del pueblo dormiten sin el diablo en el cuerpo. Podemos asegurar que no aceptaremos un método que esté en contradicción con nuestras ideas. Cada momento y cada circunstancia entraña en sí la línea de conducta a seguir. Si se nos preguntase cuál sería nuestro sistema de lucha inmediata contra la reacción, indudablemente no forjaríamos un panacea infalible, tal vez no supliríamos qué contestar, pero señalaríamos nuestras actividades de cada día, con las que nos oponemos, según el momento y según las posibilidades, a los ataques de los enemigos de la revolución.

D. A. de S.

vida planetaria se organiza y perfecciona; la conciencia, en fin, flor de progreso, se constituye, surge, se desarrolla y abre siguiendo el mismo proceso.

De este proceso se desprende una ley: *ley de coordinación creciente... E pluribus unum*. Los antagonismos se borran; las síntesis se producen; la armonía aumenta. El cosmos se organiza por escalones: el átomo material — la célula viviente. — la colectividad social, marcan las etapas de esta coordinación universal.

En esta unidad reside la variedad: *variedad creciente en la unidad creciente*. Así podría formularse la ley suprema, la ley sintética del progreso. En los organismos inferiores, como dice Baer, todo está en todo, y el organismo sube de grado a medida que se opera la división del trabajo. Es la ley de diferenciación. Pero esta ley de diferenciación es inseparable de su complementaria, la ley de sinergia, de coordinación orgánica, que acabamos de poner a luz y que es preciso no perder de vista si se quiere permanecer fiel a la realidad.

Estas dos leyes son correlativas; ellas se condicionan mutuamente. Aislando a una de ellas, adhiriéndose exclusivamente a una verdad *parcial*, para hacer su ley de heterogeneidad creciente. Spencer ha falseado su concepción de los hechos naturales. La realidad no corresponde a su tesis. (1) Diferenciación, sí; — heterogeneidad, no: — he aquí lo que nos dice la naturaleza, he aquí lo que nos enseña en sus organismos, sus mundos, cada vez más unificados, más coordinados y coherentes, cada vez más solidarizados, según y a medida de sus diferenciaciones mismas.

¿Cómo se presenta, en lo concerniente al hombre y a la colectividad humana, ese proceso de crecimiento, de acumulación, de desarrollo, que es, como acabamos de verlo, la esencia de todo progreso? ¿En qué consiste? ¿A qué conduce? ¿Cuál es, en una palabra, su fisiología particular? En verdad, tales son por lo tanto, los términos precisos del problema.

El fenómeno característico del desarrollo humano, es el desarrollo del saber. El progreso humano puede definirse como el progreso del saber colectivo: la ciencia que aumenta, es la humanidad que avanza; es el hombre que se aleja cada vez más del antropoide primitivo, para aproximarse al *homo sapiens*, al ser consciente y libre que triunfa de la naturaleza obedeciendo sus leyes.

Pero esta evolución de la Humanidad hacia la ciencia y la plenitud de poder, no es sino la continuación, con medios aumentados, de la evolución zoológica que, partiendo de la inconsciencia y de la impulsividad, llega, en las especies superiores, a la conciencia clara, y a la espontaneidad personal. El desarrollo mismo del conocimiento, de la conciencia, — y en consecuencia de la voluntad y el poder de acción — continúa a través de toda la escala de la vida animal.

El factor esencial, el punto de partida, la base de toda esa evolución, es la memoria. "Función general de la materia organizada", como escribía Ewald Hering ya en 1870, "es a la memoria que debemos casi todo lo que somos y lo que tenemos". El ser viviente, desde el más elemental al más perfeccionado, es un acumulador. Sin acumulación mnemónica de las impresiones, no serían posibles por rudimentarias, fugaces, embriónicas y difusas que fueran, ni la conciencia, ni las imágenes, ni la razón, ni la voluntad. Toda la psicogenia está bajo la dependencia de este elemento primordial. El hecho de conciencia más simple, el más confuso, el más vago, es un complejo de relaciones que supone la memoria orgánica. Más: la misma vida vegetativa no tiene por base el fenómeno de intuscepción, que es, como lo indica justamente Hering en sus *Ensayos de psicología celular*, una forma de memoria larval, un aspecto grosero del fenó-

meno general de acumulación vital?

Sea cual fuere la explicación de este fenómeno biológico fundamental — que se invoque con Haeckel "la estructura molecular de las combinaciones carbonatadas" o se recurra a las propiedades de las combinaciones endotérmicas del nitrógeno, combinaciones endotérmicas que, como hace observar Berthelot, desempeñan un rol importante en los fenómenos de la vida, que se atribuya o no, con Letourneau y otros, la memoria especial del sistema nervioso al fóforo acumulador de luz — el hecho existe y "sin la hipótesis de una memoria inconsciente de la materia viva, las más importantes funciones de la vida son, en suma, inexplicables". (2) ¿Puede aún ser cuestión de hipótesis cuando se trata de un hecho — abstracción hecha del nombre que se le da — de un hecho evidente, cierto, el hecho de acumulación orgánica, al mismo tiempo física y psíquica?

La conciencia tiene entonces por condición esencial a la memoria. Pero la memoria cerebral, es necesario notarlo enseguida, no colecciona ni relaciona sino abstracciones. No retiene a la realidad concreta. Esta se nos escapa. Nosotros no percibimos, no retenemos, sino cualidades, propiedades abstractas de objetos concretos, objetos de los cuales nos aferramos, así, todo su ser real y que no conocemos, bajo un vocablo dado, más que como una suma de abstracciones, más o menos extensas pero siempre incompletas, siempre inadecuadas a la realidad completa.

Así, por ejemplo, a lo que llamamos *azufre*, ¿es siempre con certeza idénticamente y absolutamente el mismo cuerpo? Nada lo prueba, y muchos químicos no temen dudarlo. ¿Podemos en efecto, afirmar otra cosa sino la concordancia de tales y tales propiedades, más o menos numerosas pero abstractas y que son las únicas que conocemos?

¿Cuántas veces, por otra parte, no tomamos a un melizo por un ser humano gemelo, y más generalmente todavía, no confundimos entre animales de la misma especie? ¿Por qué? Porque nuestro conocimiento y nuestra memoria cerebral no se fijan sino sobre caracteres abstractos y puede suceder, precisamente, que esas abstracciones coacuerden.

La memoria cerebral, como el conocimiento, opera entonces sobre lo abstracto. Se alimenta de abstracciones. Extrae, de objetos concretos, elementos que luego coordina y organiza, y es por esto que la conciencia que ella condiciona escapa a la tiranía de los objetos materiales, al absolutismo del mundo exterior, y a la fatalidad.

No se trata aquí, es bueno notarlo, de abstracciones metafísicas. Se trata de percepciones reales. Se trata de impresiones del exterior, impresiones de origen objetivo, concreto, pero pasadas por el sedazo de nuestro organismo, percibidas según nuestra organización psíquica y nuestra propia naturaleza, traducidas por nosotros según nuestra norma íntima, según nuestra autonomía natural. Y sin caer en el subjetivismo puro de los sucesores de Kant, se puede decir con Eliseo Reclus; que los siglos no han agotado la profundidad de las palabras del filósofo griego: *El hombre es la medida de todas las cosas*.

Así es como la conciencia, autónoma, crea progresivamente la libertad.

Experimentalmente, poco a poco, ella acumula las abstracciones, los datos, las verdades, cada vez más sintéticas y más generales, para elevarse finalmente en la humanidad, hasta las verdades universales que conceden al hombre la clave de los fenómenos y el poder científico.

Es innegablemente por la vía de la experiencia, es por el método experimental, reconocido o no, voluntario o no, que se opera, durante el curso de la historia geológica y humana, ese progreso, ese desarrollo de la conciencia libertadora. Pero muy a menudo en nuestra época — y aquí está el error — se ha confundido método experimental y método objetivo. Se ha desconocido la parte que corresponde a la iniciativa del espíritu. Se ha desconocido la acción iniciadora de todo lo que constituye el genio. Genio oscuro

aún, embrionario pero creciente, de la serie animal, genio cada vez más triunfante del hombre, es el que da las intuiciones: que la experiencia comprueba y verifica. La imaginación, tan desacreditada por los *objetivistas*, la imaginación creadora está en primer término. Ella desempeña, entre los factores de la ciencia y del progreso de la conciencia, el rol de un elemento esencial, de un elemento central, de un elemento motor. Crea hipótesis. esas hipótesis tan necesarias y fecundas. La experiencia, proplamente hablando, no es sino un examen de comprobación eliminatorio. Confronta, selecciona. Ajusta con la observación, las ideas a las realidades exteriores. Pero, ante todo, es por la lógica del sentido íntimo que se forman esas ideas, esas intuiciones, que el controlador objetivo elimina o fortifica.

La lógica, he aquí, en efecto, el fondo eterno y universal de las cosas. He aquí la esencia del universo, la razón última de los fenómenos. No la lógica pura, absoluta, metafísica de un Hegel, sino la lógica profetiforme de la naturaleza, la lógica inherente a la física universal y cuyas leyes naturales no son sino su expresión particular.

Fundamento de la razón, como del sentido íntimo, ella es el fundamento de la libertad. Ella es la que, en un *crecendo* grandioso, que va de la intuición a la ciencia por el desarrollo experimental de la razón, engendra en el seno de la humanidad una fuerza nueva. Es el verbo, órgano lógico por excelencia que durante el curso de los siglos, a través de la historia y la prehistoria, crea, organiza poco a poco, con la palabra al principio, con la escritura después, con la imprenta en fin, la sabiduría y la libertad. Sin él no es posible el progreso humano: es él el que permite notar las relaciones objetivas de los fenómenos; es gracias a él, es por él que las verdades generales, que las verdades universales, las leyes naturales, las ideas racionales se desprenden, se formulan, se comunican, se retienen: es por él que la ciencia, el saber acumulado, al mismo tiempo colectivo y sintético, se constituye y crece, desterrando, de etapa en etapa, la superstición y el absolutismo, aumentando el libre poder del hombre, eliminando progresivamente la autoridad, de la concepción de la naturaleza y de la vida del hombre.

Así la anarquía (3), la vida desembarazada de toda autoridad, el desarrollo de la libertad plena, está en el término de la integración humana y del desarrollo de la conciencia. Pero no confundamos. Hay anarquía y anarquía. Anarquía y anarquía. La anarquía racional, para emplear la feliz fórmula de Emílio Digeon (4), la anarquía innovadora, no tiene nada de común con el reino del buen vivir individualista; ni con el apacchismo multiforme que es su lógica conclusión. Esto es la pseudo sociedad actual. Es la anarquía de hoy día, esta anarquía desordenada que los socialistas, que Colins, que Augusto Comte, han señalado y caracterizado tan magistralmente bajo sus diversos aspectos. Este *autoritarismo del Yo*, este absolutismo egoísta, principio del mundo burgués, *individualista*, es la negación de la anarquía, hacia la cual vamos nosotros. Esta, piénsese y dígame lo que se quiera en los cenáculos, las gacetas y los pretorios, ésta no es posible sin disciplina. Pero esta disciplina eliminadora de lo arbitrario, es la de la razón impersonal, de la razón perfecta que hace al hombre cumplir con su deber. O autoridad o razón: tal es el dilema que se plantea perpetuamente en la práctica de la vida y de las relaciones humanas. Tal es también el conflicto milenar por la libertad.

Paul GILLE

(Continuará)

(1) Ver especialmente las críticas de G. Tarde (*Darwinismo natural y Darwinismo social*)

(2) Ernesto Haeckel, *Ensayo de psicología celular*.

(3) *Ortografía primitiva de la palabra en su sentido autoritario*. Ver Kropotkin. "Palabras de un Rebelde".

(4) Emílio Digeon, *De los derechos y deberes en la anarquía racional*.